



EL REY DESASTRE
EL TRAJIDOR DE CAPITAL

Dorian Blue

EL REY DESASTRE
EL TRAJIDOR DE CAPITAL



Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Dorian Blue

ISBN: 979-13-87612-00-9

ISBN digital: 979-13-87612-01-6

Depósito legal: M-26256-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro es para mis padres, que han escuchado
mis historias mil veces hasta memorizar
los detalles enrevesados que nadie más verá,
y para esas personas que se consideran un desastre,
porque son los errores los que dan las mejores historias,
y a veces los que cambian el final a uno mejor.*

1360, PRIMER DÍA DEL SÉPTIMO

CICLO ESTELAR DEL AÑO

Los padres de Eros habían consumado su amor y acababan de tener a dos pequeños gemelos que pronto se convertirían en la causa de su muerte.

Arthur estaba teniendo un buen día. Había conseguido que el Congreso de Wish le pagase por adelantado, solo tenía que cumplir una misión sencilla y podría regresar a su cómoda cama.

Aparcó su coche en el linde del bosque. Permaneció sentado un par de minutos, disfrutando hasta el final de la canción que escuchaba. El locutor del programa de radio comenzó a hablar, hasta que uno de los dedos grasientos de Arthur le mandó callar. Suspiró y abrió la puerta a su lado.

El viento movía las hojas de los pinos y calaba en su nuca. La luna llena brillaba sobre el cielo nocturno y a su derecha podía verse Stalis; la estrella cuyos movimientos regían el calendario. El aire expandía el hedor a la pocilga de la granja cercana.

Arthur miró su reloj. Eran las dos menos cinco de la mañana. Había llegado temprano. Su contrato exigía que llegase a en punto, a las 02.00 exactas, pero él no le dio más vueltas al caso. Se introdujo en el bosque y echó a andar.

La profecía explicaba que aquella noche alguien llamado Arthur pasearía por la zona sin rumbo fijo durante cinco minutos, hasta encontrar a un hombre asesinado y a su hijo, Eros. Arthur debía recogerlo y entregarlo a los dueños de un orfanato a un par de kilómetros. Era una tarea sencilla, pensaba Arthur.

Después de una caminata de cinco minutos y dos segundos, encontró a un hombre en el suelo. Si alguien del Congreso hubiese estado presente, se habrían alarmado por esos dos segundos fuera del plan. En su lugar, Arthur se rascó el trasero y pateó el cuerpo, confirmando que este ni se movía ni respiraba.

Ojeó por los alrededores, pero no parecía haber ningún crío por allí. Su reloj emitió un pitido y su pantalla se encendió con un mensaje que decía: «El niño ya fue entregado».

EROS: BIENVENIDO AL HOTEL MÁS CUTRE DEL UNIVERSO

1381, decimoséptimo día del sexto ciclo estelar del año

Olía muy mal. Una combinación entre cadáver podrido y mariguana, con un toque de sobaco sucio. El edificio parecía estar a punto de desmoronarse, y probablemente lo estaba. Un cartel torcido sobre la puerta que decía con letras brillantes: «HOTEL NOCHES DIVERTIDAS» era lo único que hacía pensar que era un motel y no la casa del abuelo que a tu familia se le olvidó cuidar hasta que tocó pelearse por la herencia. Como alguien que se crio con varias decenas de críos, he de decir que me alegro de no haber pasado por ese problema, habríamos provocado una guerra y os puedo asegurar que sería una repetición constante de: puño, sangre, barro y repite.

Para mi desgracia, no podía admirar esa preciosa fachada medio derruida y seguir mi camino hacia una bonita casa en un mejor barrio, con suerte con menos olor a sustancias nocivas. Entré. Una campanita sonó al abrirse la puerta, pero estaba oxidada y parecía muy vieja, así que, en vez de sonar como debería hacerlo, sonó un ruido seco. Fue el de la campana al caerse sobre mi cabeza. Traté de no llorar, ni gritar, pero estaba siendo un día duro. El hedor del interior tenía menos de estiércol y más de mariguana. La recepción era enana y el recepcionista era... bueno, no voy a añadir adjetivos

calificativos, opina lo que quieras. Estaba espatarrado sobre una silla de plástico que cojeaba y tenía ya considerables arreglos con cinta americana —la cinta americana soluciona todo—. Tenía uno de sus mugrientos zapatos sobre el mostrador y una revista de contenido poco didáctico en su regazo —aunque quizás podían enseñar algo de flexibilidad, la mujer de la portada parecía una experta del *spagat* en lencería, una disciplina que merece representación en los Juegos Olímpicos, seguro—. Entre su pie y un ordenador antiguo con un palo clavado por detrás, había más revistas de aquel tipo, con algún reportaje de pesca de por medio. Me dio un escalofrío, ¿de verdad ese tipo era de mi misma especie? Al menos no parecía compartir mis gustos.

Levantó la vista de su importante lectura y nos dedicó a mí y a mi compañero una mirada desagradable. Fumaba mucho. El humo era denso por toda la habitación. Su barba incipiente era desigual y sucia. Un polvillo blanquecino le bañaba el bigote bajo las fosas nasales. El pelo grasiento le caía por debajo de su gorra con el logotipo de «ZOOTOPÍA: SURICATOS SALVAJES». En su polo verde llevaba una mancha amarillenta cuyo origen deseaba seguir desconociendo eternamente. Al acercarnos más, lamenté ver que tenía la bragueta abierta, con el cinturón sin abrochar y su panza saludándonos. Su ombligo parecía una granja de algodón, un vertedero, o bien las dos. Carraspeé.

—Ejem, tenemos una reserva.

El hombre me miró de arriba abajo y rio. Solían reaccionar así. Después, sus ojos pasaron a mi amigo, al haber este gruñido como un oso, y su sonrisa se desvaneció. Solía ser así.

Al lado de Bless, debía verme como un muñeco de trapo. Delgaducho, 1,60, ojeras negras profundas, la piel marrón canela y el cabello oscuro, casi negro, que me llegaba hasta la base del cuello en una coleta baja. Debía estar sudando a mares y temblando, porque siempre me pasaba cuando, uno, hacia el más mínimo calor y, dos, algo me molestaba. Y daba la casualidad de que todo en ese lugar era molesto y me estaba asando como un pollo frito en mi

traje de marinerito. Antes de que preguntes, sí, has oído bien. Había perdido una apuesta, no era mi intención.

En contraste, Bless medía casi dos metros, si es que no los había alcanzado desde la última vez que se había medido, su cabeza estaba a punto de tocar el techo y sus hombros apenas cabían por la puerta. Sus bíceps tenían el diámetro de dos veces mi cabeza y con sus facciones marcadas, sus ojos pequeños y analíticos, sus manos tatuadas que podrían exprimirme como a un limón, su piel curtida y sus músculos robando la atención fuera de su camisa de tirantes... En caso de que nos compararan, la mayoría tendría claro que el tío duro del dúo no era el bajito de los calcetines largos. Bless se rascó su cabellera con sus pelillos rapados al uno y exhaló.

—Primero hay que pagar, a menos que... —se trabó con sus palabras. Su vista se fue directa hacia la puerta que se abría. Sus pupilas se dilataron y su boca salivó como si hubiese visto un chuletón jugoso y estuviese hambriento—. Siempre podemos discutir los métodos de pago.

Nuestras tres compañeras, las gemelas Aisha y Ashir y Val entraron. Val, más alta que yo con sus botas de tacón, me hizo a un lado y clavó uno de sus cuchillos favoritos en la mesa. La madera crujió. Apoyó sus codos sobre el mostrador y le quitó de los labios al recepcionista su cigarro. Lo apagó sobre la colección de literatura del tipo y quemó con él un par de culos en pompa.

—Como me vuelva a mirar así o a mis compañeras, va a tener problemas para ir a mear durante unos cuantos años. No se lo recomiendo —advirtió.

No sé en qué momento acabé en una habitación mientras Val y Bless se gritaban desde el baño y la cama respectivamente. Mientras subíamos las escaleras estropeadas, parecían contentos, charlando con tranquilidad. Al llegar al primer descansillo, habían elevado sus voces. Ashir y Aisha se hicieron con una de las dos llaves que habíamos pedido, se encerraron en su habitación y me

abandonaron con la parejita feliz. Supuestamente, yo iba a ir con las gemelas para dejarles intimidad a los novios. Claro que, si se ponían a discutir, terminarían yendo a buscar a alguien para quejarse el uno del otro, pero si alguien debía sacrificarse por el bien grupal, ¿por qué yo? Yo no había participado en ninguna votación y mi espíritu de voluntario había muerto cuando a los 17 un niño me había clavado un bolígrafo mientras le ayudaba con la tarea. Razón número 28.874.930 por la que no tener hijos.

La habitación era claustrofóbica. Me estaba planteando seriamente alojarme en el pasillo. Con una cama doble sin hacer, con sábanas rancias una sobre otra sin orden lógico y una cama enana de niño. No tenía ni idea de quién iría a un sitio así con un niño, ni quería descubrirlo, solo sabía que iba a acabar en esa cama y me dolía la espalda de ver los bultos que tenía. Más paredes blancas sucias, una sola y triste ventana, un ventilador de techo roto con una corbata colgando de una de sus hélices y un armario de madera con un agujero un tanto extraño. El suelo crujía y sobresaliendo bajo una de las camas encontré un tanga. No quería tocarlo, así que le di una patada para meterlo completamente bajo la cama y así dejar de verlo.

El pasillo cada vez se veía más apetecible y cómodo.

Val gritaba desde el baño mientras trataba de limpiar en el espejo una mancha de lo que podría ser una bebida caducada pegajosa, o más probablemente sangre. Tampoco quería saberlo. Bless, por su parte, se había tirado en la cama doble y no le cabían los pies. Se había quitado las botas y los calcetines, así que ahora tenía unas buenas vistas de sus pies de talla 47 callosos y sus uñas mal cortadas —sí, se gastaba un dineral en productos para su piel, pero no parecía saber que el cortaúñas también funcionaba para los pies y no solo para las manos—. En el pie derecho tenía una cicatriz enorme con muy mal aspecto, una vez se había clavado un cuchillo allí. Nunca supe cómo es que se lo clavó, pero aprovechaba cualquier momento para contar riéndose cómo se lo sacó con sus propias manos y salía sangre, hasta astillas de hueso. Igual solo

exageraba, pero su relato estropeaba siempre las cenas. En ese momento tenía más ganas de escuchar esa historia por decimosexta vez en el último ciclo antes que seguir escuchando sus gritos, pero discutían tan a menudo que creo que hasta les hacía felices, y quién soy yo para estropearles el momento.

Por supuesto, yo me mantenía callado. Era más fácil mirar fijamente como algo se movía en el colchón donde se suponía que dormiría que metiéndome en sus líos. Estaba apoyado sobre una pared en frente de las camas, esperando que me tragara, pasar a la habitación de al lado y huir.

Aisha y Ashir debían estar en la habitación del otro lado del pasillo escuchando todo y riéndose de mí, o celebrando no estar en mi situación. O las dos cosas a la vez. No sabía si habría más gente alojada, no me extrañaría que fuéramos los únicos, pero si había más gente allí, doy por hecho que lo único que les paró de venir a quejarse del ruido era el miedo de que les gritaran a ellos también.

—Estás exagerando, como siempre —dijo Bless, suspirando—. Eros, dile que tengo razón.

Bless se sentó en la cama mirándome seriamente mientras crujió sus nudillos. Val salió del baño y se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Eso, Eros, dile si tiene razón.

Miré a los lados, esperando encontrarme a unas Aisha y Ashir recién teletransportadas hasta allí. Solo encontré una ventana con la persiana atascada y un armario roto. Val había empezado a subir y bajar los dedos de un pie. Sus botas hacían un ruido seco sobre la moqueta mohosa. Sinceramente, no es que me dieran miedo. Por una parte, porque eran mis amigos, o eso pensaba yo, y yo era su rey, así que tampoco podían matarme. Por otra, aunque parecía un alambre, yo me había sometido a los mismos entrenamientos de fuerza que ellos, o puede que a más. Pero tenía que aguantarlos durante mucho tiempo, al menos antes de que nos mataran en unos días. No quería ser objetivo de sus quejas y sus gritos durante lo que nos quedaba, era una mala forma de emplear tus últimas horas de vida.

Empecé a decir: «Yo...», pero Bless me cortó.

—No asustes al chaval, le da miedo posicionarse. Tranquilo, todos sabemos que tengo razón.

Y se rio, dando la conversación por terminada.

Yo no sabía que él tenía la razón. Yo no iba a darle la razón. A mí no me daba miedo Val y me acababa de llamar «chaval» un tío que cumplía varios ciclos después de mí. Val suspiró de forma sonora para hacer oír su enfado, me dirigió una mirada que quemaba como jamás el fuego sería capaz y se metió en el baño cerrando la puerta de un portazo. Polvo cayó del techo, arañas salieron dispersas de detrás del armario.

Val nos mandó a freír espárragos a los dos. No sé por qué le hice enfurecer yo, pero no pareció importarle mi inocencia a la hora de su veredicto. Fue algo así como: «Por mí os podéis ir a la mierda, no quiero veros en un par de horas», acompañado del gran terminador de conversación, el eructo de Bless.

—Vayamos al mercado, quiero comprarle algún detallito —dijo él.

Yo quería excusarme, pero me agarró del brazo y pronto me di cuenta de que escapar no era una opción; terminaría rompiéndome la muñeca en una de sus pérdidas de control sobre su fuerza. Ya me había partido la pierna jugando al pillapilla en mi cumpleaños, a los 14, y no necesitaba repetir la experiencia. Viéndolo por el lado positivo, no fui solo con Bless. Él, las gemelas y yo nos encontramos yendo hacia el mercado de Capital.

Bless decía querer comprar algún detalle para compensar la discusión, el haber sido un cazurro estúpido y... Bueno, se había cabreado porque él era un cazurro estúpido. Ningún regalito cambiaría eso, pero es que eso no era lo peor. Él no iba a comprarle nada, se compraría algo para sí que ella rechazaría de inmediato y aprovecharía que ella no lo quería para quedárselo. Lo hacía siempre. Por otra parte, las gemelas querían ver el mercado, por alguna razón que seguía sin comprender. Aun así, agradecí su compañía. Diría que no

solo porque no quería aguantar yo conmigo mismo a Bless hablando de lo hermosa que se veía Val gritando, sin embargo, es cierto; solo por eso merecía la pena tenerlas allí conmigo, aunque me cobrasen.

Mientras Val tenía un tono bronceado y un cabello largo, rubio teñido y rizado, con unos pómulos marcados, ojos oscuros grandes y siempre alertas y unos labios finos y rosados, las gemelas eran más bien todo lo contrario. Ambas tenían la piel pálida, unos ojos color ámbar, algo verdosos, caras redondeadas con labios más bien carnosos y pelo lacio negro, que nunca se dejaban crecer mucho. En ese momento, Aisha llevaba la nuca rapada, con el pelo corto y flequillo, mientras que su hermana lo llevaba peinado por detrás de las orejas hasta poco más allá de la mandíbula.

Seguían siendo más altas que yo, claro, pero en mi defensa he de decir que mis botines llevaban menos plataformas, al menos un centímetro, ¡y cada milímetro importa! Seguro que el recepcionista del hotel estaba de acuerdo conmigo.

El mercado era un laberinto, uno muy árido y confuso. Los puestos y tenderetes formaban unos círculos; en los más grandes había supermercados en sus centros, en los pequeños, vendedores ambulantes, comerciantes con sus productos sobre mantas y carritos. Debían ser las seis de la tarde, en un otoño hasta entonces increíblemente caluroso —incluso en la zona, que de normal ya tenía temperaturas altas—. El gentío se arremolinaba de forma caótica. Entre el sol y las masas de clientes y vendedores, me estaba asando. En ese momento me sentí como un cangrejo hervido vivo en una gran cazuela llena de más crustáceos sudorosos y gritones, entonces me reafirmé en mi idea de que una manzana estaba mejor. Ni siquiera un ser tan asqueroso como para sentir el gusto por sus antenas merecía tal sufrimiento.

Un hombre con una bolsa colgando del brazo llena de distintos objetos en venta se interpuso en nuestro camino y casi me saca un ojo con un picahielos.

—¡Señorito, no querrá perderse esta maravillosa innovación en tecnología y...!

Bless le robó de las manos el picahielos y lo levantó con los ojos brillando de euforia.

—¡Un picahielos! —exclamó sonriendo.

Yo no sé de qué nos serviría eso si el hielo no duraría más de unos segundos en aquel ambiente, habría sido bastante mejor promoción una bolsa de hielos *inderretibles* para, no sé, no fundirme en el suelo como gazpacho con sabor a humano quemado. Aisha hizo lo que todos pensábamos. Le dio un coscorrón al gigante a su lado, le arrancó el pequeño artificio metálico y se lo devolvió al vendedor.

—Lo sentimos, pero no.

El hombre nos dejó pasar mientras murmuraba algo sobre unos pijos bordes que seguro que no tenían nada que ver con nosotros. Continuamos andando un rato. Dejé de escuchar el monólogo de Bless, las hermanas parecían haber desconectado incluso antes que yo. Llegó un punto en el que dejé de oír su voz, el problema llegó cuando me di cuenta de que no la oía de forma literal. Giré sobre mí mismo y me encontré solo, hasta que alguien tiró de mi oreja. Ashir me llevó a rastras hasta una tienda, más que nada porque yo llevaba el dinero y ella quería comprarse unas botas nuevas. Aun si yo no fuese el que pagaba, me habrían echado de menos tarde o temprano, supongo. Creo. Es posible.

Bless me sacó otras diez *condrias* —la moneda del país— por un sombrero que, a pesar de que no conocía ninguna ley física que regulase la buena vestimenta, estoy seguro de que atentaba contra ella. Era morado, muy brillante. Tenía purpurina, pero también piedritas de plástico que imitaban diamantes. Yo había visto diamantes puros y verdaderos y, simplemente, no les hacían justicia. Lo llevaba bien orgulloso sobre la cabeza. Cegó a al menos 60 personas ese día.

Fue mientras regresábamos hacia el Hotel Noches Divertidas cuando sentí de nuevo *eso*.

Recuerdo la primera vez que lo sentí; tenía 13 años y era un año tranquilo en Ladin —que fue la ciudad donde me crie junto a otros huérfanos—. Me había cabreado con los niños del orfanato por algo que ya ni recuerdo y no tenía ganas de ver a los congresistas que me iban a visitar esa tarde. Me había escapado por la mañana y me había saltado las fronteras de la ciudad. La ciudad, como todas las de mi reino, estaba rodeada de bosque. Se suponía que era peligroso, por lo que, si viajabas de ciudad en ciudad, siempre ibas por los caminos marcados y bien regulados. Por supuesto, no seguí ningún camino.

Por el día solo vi plantas y animales silvestres: conejos, algún coyote, pájaros y muchos bichos. También vi animales mágicos, entonces no recordaba sus nombres, pero había leído sobre esos halcones enanos de tres ojos, sobre esas lagartijas de colas largas que emitían ruido de cascabeles y también sobre esas especies de luciérnagas de colores que tenían más forma de foco que de insecto; sabía que no debía seguirles. No me pasó nada, tampoco encontré ninguna aldea cercana, solo caminaba y cuando me cansaba, me sentaba —gran filosofía de vida, no dudo que muchos reyes la mantuviesen toda su vida. Ojalá hubiese sido ese mi caso—.

Siempre me había gustado la naturaleza, así que no me molestaban los bichos ni los hierbajos —cosa que hubiese resultado problemática, siendo un mago de la naturaleza—. No tenía hambre. Sabía que al final me encontrarían, así que no me preocupaba por los detalles. Hasta ese momento, mi mayor acto de rebeldía había sido no terminar el primer plato de comida, sinceramente no sé qué tenía en la cabeza ese día. Fue a la noche que encontré una charca.

Me senté y bebí. «Podría pasar la noche aquí», pensé. Vamos a ver, si hubiese pensado: «Mierda, me largo de aquí», hubiese sido menos memorable —y he de decir, más coherente—.

Un rato pasó. Oí varios aullidos armonizando a lo lejos y me pareció bello. Cómo la luna se veía entre los ramajes de los árboles, cómo entre los troncos podía ver la luz de luciérnagas... Cómo las estrellas brillaban.

Vale, reconozco que solo un niño muy, pero que muy raro se escaparía al bosque y se quedaría tan tranquilo entre insectos más grandes que su cabeza por todas partes, rapaces sobrevolando y depredadores. Ya admití ser raro hace mucho.

No recuerdo ni en qué momento empezó el ataque. Empecé a prestar más atención a los ruidos del bosque. En mi cabeza procesaba cómo la hierba crujía suavemente bajo mis rebeldes posaderas, cómo los árboles se balanceaban con el viento y cómo el agua fluía. No era algo normal, pero en cierto modo resultaba relajante. Después oí el volar de un bicho. Y después, el de muchos. Podía oír las alas de luciérnagas, moscas, avispas, libélulas y polillas. No podía separar los sonidos, pero lo sabía, sabía de qué bicho procedía cada sonido. Empecé a asustarme. Nunca había tenido problemas con seres así, pero tampoco había sido consciente de que pudiera haber tantos a mi alrededor. «¿Pueden hacerme daño los insectos?», me cuestioné. Pero no estaban cerca. Claro, que yo no lo sabía.

La cabeza me había empezado a zumbar y mientras giraba sobre mí mismo tratando de ver de dónde podría provenir el sonido, mi vista empezó a nublarse. Sentí náuseas. Después al sonido de alas se superpuso el latir de mi corazón. Sonaba muy alto. Más alto a cada momento. Después oía más latidos que no eran los míos. Sentía en las palmas de mis manos cómo la hierba sobre la que estaba absorbía agua por sus raíces. Y entonces sentía más que la hierba; el pasar del agua por la charca. Sentí como si mis manos fueran impulsadas por las aletas de los peces. Y entonces entendí algo; estaba en peligro. Sentía mi cara como si el viento me golpeara con más fuerza que nunca, sentía hojas rozándome, aunque sabía que eso era imposible. «Los árboles están muy lejos, no pueden haberse movido». Mi palpar era cada vez más rápido.

También oía cómo jadeaba en busca de oxígeno, lo oía muy alto. Oí el gruñido de un animal que desconocía y abrí los ojos. No había lobo, zorro o coyote, pero había alguien entre los árboles. Parpadeé tratando de dejar de ver borroso y pude sentir mi espalda

como si fuera una hormiga y acabara de ser pisoteada. Me daba vueltas todo, el bosque se volvía abstracto y oscuro. Veía como la tierra se movía aunque no pudiera suceder aquello. Esa persona me miraba desde el otro lado de la charca. Movi6 sus labios y mi cabeza casi estalla del dolor. «Hola». No podía estar hablando tan alto, pero lo escuché como si hubiera cinco altavoces a mi alrededor amplificando su voz. Era yo. Esa era mi voz y era mi pelo. Era mi cara, era la misma que veía en los espejos.

Entonces me desmayé y cuando recobré el conocimiento, ya me habían encontrado. No estaba yo, o quien fuera esa persona entre los árboles. Vomité al menos cuatro veces ese día.

Me volvió a ocurrir varias veces. No siempre me veía, solo sentía esa presencia. Conforme el tiempo pasaba, cuando sucedía aquello, era cada vez más suave, pero me seguía dando miedo.

Ese día en el mercado empecé a escuchar cada vez más fuerte los pasos de la gente. Después escuchaba sus latidos y su respiración. Aquella sensación era algo a lo que uno no puede acostumbrarse. Ese día supe lo que iba a pasar en cuanto comenzó. No conocía los detalles, pero sabía que iba a terminar sintiéndome fatal.

Muchos pensarían que entonces debí haber parado y haber tratado de calmarme, pero lo cierto es que solo me dieron más ganas de salir corriendo. Seguí andando, mis pasos sonaban como una ciudad de metal entera cayendo desde cientos de metros de altura sobre el asfalto. Cerré los ojos. Estaba mareado, todo dolía mucho, pero seguí andando por costumbre. «No puedo pararme», pensé. Sentía una presencia, aunque no sabía dónde estaba.

Alguien me tocó el hombro y donde posó su piel me sentí arder. La presión en esa zona no duró mucho, pero el dolor persistió. Traté de centrarme en mis propios pasos para relajar el dolor, pero concentrarse era muy difícil. Los pájaros graznaron, o al menos yo les escuchaba graznar. «Pie derecho», pensé. Las botas de Bless hacían un ruido horrible. «Pie izquierdo», pensé. «El monedero». Las

monedas chocaban unas con otras en mi bolsillo. «Pie derecho». Una señora hablaba con alguien. Su voz sonaba distorsionada. «Pie izquierdo». «Ploc». Algo había caído. «Pie izquierdo. Pie derecho». Sentía la piel rozar ropa que yo no llevaba. «Pie izquierdo». Los pasos eran más rápidos. Entonces oí y sentí, todo junto, como si un bloque de piedra me hubiera caído encima. Mi mano ardió, mi cuerpo viró y sentí todas mis tripas girar sobre sí y gritar. Abrí los ojos.

Unos ojos castaños brillaban frente a los míos. La realidad había dejado de darme tumbos y mis sentidos parecían trabajar correctamente.

Un chico me había intentado robar y le había cogido de la muñeca. Era una situación que podría afrontar perfectamente en cualquier momento, pero el corazón me seguía yendo a cien. Incluso habiendo vuelto a una aparente normalidad, mi subconsciente no estaba tranquilo. Algo me fallaba. Seguía sintiendo que alguien me observaba, alguien que yo no veía. Me pregunté si era así como el recepcionista se sentía después de sus viajes empolvados o por vía intravenosa. El tipo me miraba con expresión asustada. Tragó saliva. Oí aquello, el paso de la saliva por su garganta de forma forzada. Podía sentir toda mi cara sudada, debía de estar rojo y patético como nunca. Supongo que aparentaba una presa fácil de robo.

Él no se esperaba ser pillado con las manos en la masa, ni mi atrevimiento de presionar su muñeca. Ni siquiera era alguien intimidante, más bien casi un niño. Era claramente más joven que yo, delgado, un poco más alto que yo. Miré sus zapatos por alguna razón que todavía desconozco. Eran unos zapatos desgastados y con agujeros, pero estaba claro en alguna parte de mi cabeza. Desde que los vi, supe que eran los zapatos cuyos pasos había estado oyendo. No supe en qué momento había pasado de concentrarme en mis pasos a los suyos. Llevaba unos vaqueros cortos y una camisa igual de desgastados, supuse que era un huérfano sin

trabajo más, no me extrañaba que se dedicara a robar. En aquel reino, los huérfanos no tenían orfanatos bien cuidados y educación como yo tuve. Tenían la calle y, con suerte, una caja de cartón en la que esconderse.

Nuestros ojos se volvieron a encontrar y entonces me di cuenta de lo malditamente raro que debía de parecer. Miré a mi alrededor. Las chicas me miraban como si estuviera pirado, puede que con un toque de preocupación. Bless solo parecía confuso, con el sombrero brillante ladeado. El chaval sí estaba preocupado, pero por él, no por mí. Le solté la mano.

Mi grupo parecía preparado para irse, yo no. Le solté una *condria* al chaval, tampoco supe por qué lo hice. Se la habría dado por lástima, pero en ese momento mi cerebro no estaba bien como para hacer ese tipo de reflexiones moralistas. Él no me dio las gracias, parecía más confuso que yo al recibir el dinero. Se quedó mirando a la moneda como esperando a que explotara. Yo me quedé mirando a no se sabe dónde hasta que Ashir me cogió por los hombros, me dio media vuelta y me arrastró con ellos. No estaba bien, pero ya no oía ni sentía nada especial.

—*Okay*, a veces eres más raro de lo normal. ¿Debería preguntarte si estás bien?

Yo no sabía la respuesta a esa pregunta, aunque supuse que era retórica. Miré hacia atrás. El chaval seguía mirándose la mano.

—Eh —Ashir me devolvió a la realidad chasqueando los dedos delante de mis ojos. Me giró la cabeza hacia al frente—, en serio, ¿estás bien?

Bless parecía a punto de empezar otro monólogo, pero cerró la boca, supuse que esperando a que yo hablara.

—Yo... estoy bien.

—No sé —comenzó Aisha—. Ashir tiene razón, estás más raro de lo normal —«Gracias, supongo»—. Estabas dando tumbos y con los ojos cerrados.

—Y empezaste a respirar como si te estuvieras ahogando en un barril de fertilizante —prosiguió Bless, muy poéticamente.

—Será mejor que volvamos al hotel antes de que nadie más haga metáforas asquerosas —dijo Ashir—. O antes de que se nos muera el rey.

Cuando llegamos, Val nos abrió la puerta y fui directo al baño. No, no fui a hacer necesidades, si es lo que piensas. Cerré la puerta y me quité el jersey de marinerito. A pesar del calor y el sudor que me recorría, sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Lo dejé caer al suelo y me senté sobre el retrete con la tapa bajada, que estaba convenientemente colocada frente al espejo —y porque no cabía en otro sitio en ese espacio tan reducido—. Subí las rodillas a la taza y me las abracé. Creía que el dolor había pasado, pero, «mierda», seguía encontrándome fatal. La cabeza me daba vueltas, los brazos me pesaban varias toneladas y sentía que, si me ponía de pie, mis piernas flaquearían y terminaría hecho un revoltijo blando en el suelo.

Me costaba respirar y estaba llorando —un buen resumen de mi vida, te adelanto—. Había aguantado el recorrido de vuelta hasta el hotel, confuso y débil, pero bien. No tenía sentido que entonces estuviese así. Yo no lloraba por el dolor de cabeza, ni por el coste del gorrito de Bless, ni por el niño pobre, ni por nada que pudiera tener sentido. Simplemente no estaba en condiciones y no podía pensar.

Levanté la vista hacia el espejo. Tenía la cara roja como nunca, a punto de estallar. En algún momento había perdido el coletero y hasta entonces ni me había dado cuenta. El pelo se me amontonaba despeinado hacia un lado y se podían distinguir los surcos de lágrimas en mis mejillas.

Donde había sentido que me ardía el hombro, tenía una quemadura con forma de mano. La acaricié con mi propia mano, dolía, pero solo un poco. Levanté frente a mi reflejo la otra mano, con la que había agarrado al niño. Tenía una cicatriz en la palma y estaba casi tan colorada como mi cara. Nunca me había ocurrido algo así.

Era consciente de que mis compañeros debían estar hablando sobre mi extraño comportamiento, probablemente contando a Val lo ocurrido en el mercadillo y tratando de decidir si abrir la puerta del baño a ver si seguía vivo o no. Eché un vistazo a la puerta; no había pestillo. Genial.

Coloqué un pie en el suelo, me tembló todo el cuerpo. No sé cuánto me llevó ponerme en pie, pero ya no dolía tanto. Me lavé la cara con agua y masajeeé bajo los ojos con los dedos y agua fría, tratando de ocultar el hecho de que había estado llorando, no sé por cuánto tiempo tampoco. Al final se me cansaron las manos, así que me rendí. Mis ojos seguían ligeramente hinchados y rojizos. Mi piel ya no estaba como un tomate, ahora estaba verdosa como si hubiera estado una hora dando vueltas en una atracción a 100 metros de altura. Me di cuenta de que estaba pisando mi propio jersey. Voló por mi mente la idea de recogerlo y ponérmelo, pero estaba demasiado cansado hasta para eso. Me aguanté con la camisa de tirantes interior con la que me estaba quedando frío.

Abrí la puerta del baño. Los cuatro me miraban con los ojos muy abiertos, esperando algo que les indicase qué hacer. Yo solo sabía que el pomo estaba frío y rozaba mi nueva quemadura de la palma. Solté el pomo y miré por la ventana. La persiana seguía atascada a medio subir, torcida hacia la izquierda. Estaba anocheciendo.

—Es tarde —dije—. Deberíamos cenar.

Ellos me miraron como midiendo mi grado de decadencia. «1, parece vivo; 10, no hubo buena comida en el funeral. Mmhh... un 5, pasable».

Val, que era la que mejor trataba con personas del grupo —aunque no te lo parezca, no siempre amenazaba con cuchillos o gritaba a la gente—, se me acercó. Me miró de arriba abajo, parándose unos segundos en la quemadura de mi hombro. Finalmente, me miró a los ojos.

—Escúchame, está bien. Ha pasado algo fuera de lo normal otra vez, ¿no? Podemos hablar del tema si quieres.

Yo no quería hablar del tema realmente, pero agradecí sus palabras. Entrenábamos juntos desde hacía varios años e inevitablemente había sucedido; hacía un año que había sufrido un ataque en público. Entonces solo estaban Val y... bueno, ya te hablaré de Lys. Se asustaron mucho. Recuerdo haberles gritado que se callaran, aunque no habían hablado. Después me caí al suelo y no recordaba mucho más que lo habitual: ruidos, sensaciones, ardor... Ella me preguntó días después si fue la primera vez que sucedía y le dije la verdad: no.

No tenía ni idea si mientras estaba en el baño les había contado eso a los demás. Podría haber escuchado su conversación a través de las finas paredes del hotel si no hubiera estado mareado y dolorido.

Yo quería cenar de nuestros suministros en las habitaciones, pero me dijeron que debía darme el aire y me arrastraron hasta un pequeño restaurante cercano, mucho más elegante que el hotel. Yo no creía que el aire fuera mi solución, ningún médico me habría recomendado eso. Hubieran escuchado mi caso y concluirían con un: «Tienes una enfermedad muy rara, tómate pastillas para el dolor de cabeza», que tampoco habrían servido. O quizás habrían dicho: «Debe ser una maldición, reza mucho a los dioses y bebe agua», o «Eres un niño demasiado flacucho, débil y raro. Empieza a comer mejor y deja las profecías, no hacen bien al metabolismo».

Cuando nos sentamos en una mesa, estornudé. Bless me pasó las manos por los hombros como añadiendo fuerza calorífica al abrigo. Las chicas se miraron como preguntándose en serio si un resfriado podría rematarme. No las juzgaba, yo también lo pensé.

Me gustaría describir el lugar, pero solo recuerdo que no daba asco. No estuve muy atento a los detalles aquella noche. Estaba muy metido en mis pensamientos.

Alguien del restaurante llegó a anotar los pedidos. En su camisa llevaba un pin que decía:

Charlie

Charlie apuntó lo que Val le dictaba de memoria; los platos favoritos de cada uno. Después le dio las gracias, alabó lo bien que le quedaban las sombras de ojos violetas —lo que le hizo sonreír mucho— y se despidió de Charlie cuando se fue hacia la cocina. Bless le miraba embobado desde mi izquierda. Yo miraba embobado el ligero humo que salía de la cocina. Esparcía un dulce aroma a comida recién hecha. En el menú no había galletas, pero olía como si hicieran varias tandas a la hora.